

James Joyce
Ulises

Traducción de María Luisa Venegas Lagüéns
y Francisco García Tortosa

Alianza editorial

Título original: *Ulysses*

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía: © Album / akg-images / Pictures From History

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: María Luisa Venegas Lagüéns y Francisco García Tortosa, cedida por Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S.A.), 1999, 2022.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-864-6

Depósito legal: M. 7.583-2022

Printed in Spain

I

1

Majestuoso, el orondo Buck Mulligan llegó por el hueco de la escalera, portando un cuenco lleno de espuma sobre el que un espejo y una navaja de afeitar se cruzaban. Un batín amarillo, desatado, se ondulaba delicadamente a su espalda en el aire apacible de la mañana. Elevó el cuenco y entonó:

—*Introibo ad altare Dei.*

Se detuvo, escudriñó la escalera oscura, sinuosa y llamó rudamente:

—¡Sube, Kinch! ¡Sube, desgraciado jesuita!

Solemnemente dio unos pasos al frente y se montó sobre la explanada redonda. Dio media vuelta y bendijo gravemente tres veces la torre, la tierra circundante y las montañas que amanecían. Luego, al darse cuenta de Stephen Dedalus, se inclinó hacia él y trazó rápidas cruces en el aire, barbotando y agitando la cabeza. Stephen Dedalus, molesto y adormilado, apoyó los brazos en el remate de la escalera y miró fríamente la cara agitada barbotante que lo bendecía, equina en extensión, y el pelo claro intonso, veteadado y tintado como roble pálido.

Buck Mulligan fisgó un instante debajo del espejo y luego cubrió el cuenco esmeradamente.

—¡Al cuartel! dijo severamente.

Añadió con tono de predicador:

—Porque esto, Oh amadísimos, es la verdadera cristina: cuerpo y alma y sangre y clavos de Cristo. Música lenta, por favor. Cierren los ojos, caballeros. Un momento. Un pequeño contratiempo con los corpúsculos blancos. Silencio, todos.

Escudriñó de soslayo las alturas y dio un largo, lento silbido de atención, luego quedó absorto unos momentos, los blancos dientes parejos resplandeciendo con centelleos de oro. Crisóstomo. Dos fuertes silbidos penetrantes contestaron en la calma.

—Gracias, amigo, exclamó animadamente. Con esto es suficiente. Corta la corriente ¿quieres?

Saltó de la explanada y miró gravemente a su avizorador, recogiendo alrededor de las piernas los pliegues sueltos del batín. La cara oronda sombreada y la adusta mandíbula ovalada recordaban a un prelado, protector de las artes en la edad media. Una sonrisa placentera despuntó quedamente en sus labios.

—¡Menuda farsa! dijo alborozadamente. ¡Tu absurdo nombre, griego antiguo!

Señaló con el dedo en chanza amistosa y se dirigió al parapeto, riéndose para sí. Stephen Dedalus subió, le siguió desganadamente unos pasos y se sentó en el borde de la explanada, fijándose cómo reclinaba el espejo contra el parapeto, mojaba la brocha en el cuenco y se enjabonaba los cachetes y el cuello.

La voz alborozada de Buck Mulligan prosiguió:

—Mi nombre es absurdo también: Malachi Mulligan, dos dactilos. Pero suena helénico ¿no? Ágil y fogoso como el mismísimo buco. Tenemos que ir a Atenas. ¿Vendrás si consigo que la tía suelte veinte libras?

Dejó la brocha a un lado y, riéndose a gusto, exclamó:

—¿Vendrá? ¡El jesuita enjuto!

Conteniéndose, empezó a afeitarse con cuidado.

—Dime, Mulligan, dijo Stephen quedamente.

—¿Sí, querido?

—¿Cuánto tiempo va a quedarse Haines en la torre?

Buck Mulligan mostró un cachete afeitado por encima del hombro derecho.

—¡Dios! ¿No es horrendo? dijo francamente. Un sajón pesado. No te considera un señor. ¡Dios, estos jodidos ingleses! Reventando de dinero e indigestiones. Todo porque viene de Oxford. Sabes, Dedalus, tú sí que tienes el aire de Oxford. No se aclara contigo. Ah, el nombre que yo te doy es el mejor: Kinch, el cuchillas.

Afeitó cautelosamente la barbilla.

—Estuvo desvariando toda la noche con una pantera negra, dijo Stephen. ¿Dónde tiene la pistolera?

—¡Lamentable lunático! dijo Mulligan. ¿Te entró canguelo?

—Sí, afirmó Stephen con energía y temor creciente. Aquí lejos en la oscuridad con un hombre que no conozco desvariando y gí-moteando que va a disparar a una pantera negra. Tú has salvado a gente de ahogarse. Yo, sin embargo, no soy un héroe. Si él se queda yo me largo.

Buck Mulligan puso mala cara a la espuma en la navaja. Brincó de su encaramadura y empezó a hurgarse en los bolsillos del pantalón precipitadamente.

—¡A la mierda! exclamó espesamente.

Se acercó a la explanada y, metiendo la mano en el bolsillo superior de Stephen, dijo:

—Permíteme el préstamo de tu moquero para limpiar la navaja.

Stephen aguantó que le sacara y mostrara por un pico un sucio pañuelo arrugado. Buck Mulligan limpió la hoja de la navaja meticulosamente. Luego, reparando en el pañuelo, dijo:

—¡El moquero del bardo! Un color de vanguardia para nuestros poetas irlandeses: verdemoco. Casi se paladea ¿verdad?

Se subió de nuevo al parapeto y extendió la vista por la bahía de Dublín, el pelo rubio roblepálido meciéndose imperceptiblemente.

—¡Dios! dijo quedamente. ¿No es el mar como lo llama Algy: una inmensa dulce madre? El mar verdemoco. El mar acojonante. *Epi oinopa ponton*. ¡Ah, Dedalus, los griegos! Tengo que enseñarte. Tienes que leerlos en el original. *Thalatta! Thalatta!* Es nuestra inmensa dulce madre. Ven a ver.

Stephen se levantó y fue hacia el parapeto. Apoyándose en él, miró abajo al agua y al barco correo que pasaba por la bocana de Kingstown.

—¡Nuestra poderosa madre! dijo Buck Mulligan.

Desvió los ojos grises escrutantes abruptamente del mar a la cara de Stephen.

—La tía piensa que mataste a tu madre, dijo. Por eso no me deja que tenga nada que ver contigo.

—Alguien la mató, dijo Stephen sombríamente.

—Te podías haber arrodillado, maldita sea, Kinch, cuando tu madre moribunda te lo pidió, dijo Buck Mulligan. Soy tan hiperbóreo como tú. Pero pensar en tu madre rogándote en su último aliento que te arrodillaras y rezaras por ella. Y te negaste. Hay algo siniestro en ti

Se interrumpió y se enjabonó de nuevo ligeramente el otro cachete. Una sonrisa tolerante le arqueó los labios.

—¡Pero un retorcido encantador! murmuró para sí. ¡Kinch, el retorcido más encantador del mundo!

Se afeitaba uniformemente y con cuidado, en silencio, seriamente.

Stephen, un codo recostado en el granito rugoso, apoyó la palma de la mano en la frente y reparó en el borde raído de la manga de su americana negra deslucida. Una pena, que aún no era pena de amor, le carcomía el corazón. Silenciosamente, en sueños se le había aparecido después de su muerte, el cuerpo consumido en una mortaja holgada marrón, despidiendo olor a cera y palo de rosa, su aliento, que se había posado sobre él, mudo, acusador, un tenue olor a cenizas mojadas. Más allá del borde del puño deshilachado veía el mar al que aclamaba como inmensa dulce madre la bienalimentada voz a su lado. El anillo de la bahía y el horizonte retenían una masa de líquido verde apagado. Un cuenco de loza blanca colocado junto a su lecho de muerte reteniendo la bilis verde inerte que había arrancado de su hígado podrido con vómitos espasmódicos quejumbrosos.

Buck Mulligan limpió de nuevo la hoja de la navaja.

—¡Ay, pobre e infeliz chucho apaleado! dijo con voz amable. Tengo que darte una camisa y unos cuantos moqueros. ¿Qué tal los calzones de segunda mano?

—No me quedan mal, contestó Stephen.

Buck Mulligan la emprendió con el hoyo bajo el labio.

—Menuda farsa, dijo guasonamente. Tendrían que ser de segunda pierna. Sabe Dios qué sifilitigandumbas los soltó. Tengo un par que son un encanto a rayas finas, grises. Estarás chulo con ellos. No bromeo, Kinch. Estás imponente cuando te arreglas.

—Gracias, dijo Stephen. No me los voy a poner si son grises.

—No se los va a poner, dijo Buck Mulligan a su cara en el espejo. Etiqueta ante todo. Mata a su madre pero no se va a poner unos pantalones grises.

Cerró la navaja meticulosamente y con ligeros masajes de los dedos se palpó la piel suave.

Stephen desvió la mirada del mar a la cara oronda de ojos inquietos azulhumo.

—Ese tipo con el que estuve anoche en el Ship, dijo Buck Mulligan, dice que tienes p.g.i. Está viviendo en Villachiflados con Connolly Norman. Parálisis general de insania.

Hizo una barrida con el espejo en semicírculo en el aire para difundir la nueva en los contornos del sol radiante en este momento sobre el mar. Los arqueados labios afeitados reían y el borde de los blancos dientes destellantes. La risa atrapó por completo su torso robusto bien formado.

—¡Mírate, dijo, bardo horrendo!

Stephen se inclinó hacia delante y escudriñó el espejo que sostenían frente a él, partido por una raja torcida. El pelo de punta. Como él y otros me ven. ¿Quién eligió esta cara por mí? Este infeliz chucho apaleado al que hay que espulgar. También me lo pregunta.

—Lo trinqué del cuarto de la chacha, dijo Buck Mulligan. Le está bien merecido. La tía siempre coge sirvientas feúchas para Malachi. No le dejes caer en la tentación. Y se llama Úrsula.

Riendo de nuevo, apartó el espejo de los ojos escudriñantes de Stephen.

—La rabia de Calibán por no verse la cara en el espejo, dijo. ¡Si Wilde viviera para verte!

Retrocedió y, señalando, dijo con amargura Stephen:

—Todo un símbolo del arte irlandés. El espejo rajado de una sirvienta.

Buck Mulligan repentinamente se cogió del brazo de Stephen y paseó con él por la torre, la navaja y el espejo zurriando en el bolsillo donde los había metido.

—No está bien que me meta así contigo ¿verdad, Kinch? dijo amablemente. Sabe Dios que tienes más valor que cualquiera de ellos.

Otro quite. Teme la lanceta de mi arte como yo temo la suya. La pluma acerada y fría.

—¡El espejo rajado de una sirvienta! Cuéntaselo al cabestro de abajo y sácale una guinea. Apesta a dinero y no te considera un señor. Su viejo se forró vendiendo jalapa a los zulúes o con cualquier otro timo de mierda. Dios, Kinch, si tú y yo al menos trabajáramos juntos podríamos hacer algo por esta isla. Helenizarla.

El brazo de Cranly. Su brazo.

—Y pensar que tengas que mendigar de estos puercos. Soy el único que sabe lo que eres. ¿Por qué no confías más en mí? ¿Qué es lo que te encabrita contra mí? ¿Se trata de Haines? Si va a dar la lata me traigo a Seymour y le armamos una peor que la que le armaron a Clive Kempthorpe.

Gritos juveniles de voces adineradas en las habitaciones de Clive Kempthorpe. Rostros pálidos: se desternillan de risa, agarrándose unos a otros. ¡Ay, que voy a fallecer! ¡Dale la noticia con tacto, Aubrey! ¡Que la palmo! Los jirones de la camisa azotando el aire, brinca y bota alrededor de la mesa, los pantalones caídos, perseguido por Ades del Magdalen con las tijeras de sastre. Cara de ternero asustado dorada con mermelada. ¡No me bajéis los pantalones! ¡Que no me toreéis!

Gritos desde la ventana abierta turban el atardecer del patio. Un jardinero sordo, con mandil, enmascarado con la cara de Matthew Arnold, empuja el cortacésped por la hierba umbría observando atentamente las briznas danzarinas de los brotes de césped.

Para nosotros un nuevo paganismo *omphalos*.

—Que se quede, dijo Stephen. No se porta mal menos por la noche.

—Entonces ¿qué pasa? preguntó Buck Mulligan impacientemente. Desembúchalo. Yo soy franco contigo. ¿Qué tienes contra mí ahora?

Se detuvieron, mirando hacia el cabo despuntado del Promontorio del Rebusno que yacía sobre el agua como el hocico de una ballena dormida. Stephen se soltó del brazo silenciosamente.

—¿Deseas de verdad que te lo diga? preguntó.

—Sí ¿qué pasa? contestó Buck Mulligan. Yo no me acuerdo de nada.

Miró a Stephen a la cara mientras hablaba. Una ligera brisa le rozó la frente, abanicándole suavemente el pelo rubio despeinado y despertando centelleos plateados de ansiedad en sus ojos.

Stephen, abatido por su propia voz, dijo:

—¿Te acuerdas el primer día que fui a tu casa después de la muerte de mi madre?

Buck Mulligan frunció el ceño de pronto y dijo:

—¿Qué? ¿Dónde? No me acuerdo de nada. Me acuerdo sólo de ideas y sensaciones. ¿Por qué? ¿Qué pasó, por Dios santo?

—Estabas preparando el té, dijo Stephen, y pasaste por el descansillo para coger más agua caliente. Tu madre y una visita salían del salón. Te preguntó quién estaba en tu cuarto.

—¿Sí? dijo Buck Mulligan. ¿Qué dije? Lo he olvidado.

—Dijiste, contestó Stephen, *Ab, no es más que Dedalus al que se le ha muerto la madre bestialmente.*

Un rubor que le hizo parecer más joven y atractivo le subió a las mejillas a Buck Mulligan.

—¿Eso dije? preguntó. ¿Sí? ¿Y qué hay de malo en eso?

Se deshizo de la tirantez nerviosamente.

—Y ¿qué es la muerte, preguntó, la de tu madre o la tuya o la mía? Tú has visto morir sólo a tu madre. Yo los veo diñarla a diario en el Mater y el Richmond y con las tripas fuera en la sala de disección. Es algo bestial y nada más. Simplemente no importa. Tú no quisiste arrodillarte a rezar por tu madre cuando te lo pidió en su lecho de muerte. ¿Por qué? Porque tienes esa condenada vena jesuítica, sólo que inyectada al revés. Para mí todo es una farsa bestial. Sus lóbulos cerebrales dejan de funcionar. Llama al médico Sir Peter Teazle y coge margaritas de la colcha. Síguele la corriente hasta que todo se acabe. La contrariaste en su última voluntad y en cambio te molestas conmigo porque

no lloriqueo como una plañidera cualquiera de casa Lalouette. ¡Qué absurdo! Supongo que lo diría. No quise ofender la memoria de tu madre.

Según hablaba había ido cobrando confianza. Stephen, escuchando las heridas abiertas que las palabras habían dejado en su corazón, dijo muy fríamente:

—No estoy pensando en la ofensa a mi madre.

—¿En qué, entonces? preguntó Buck Mulligan.

—En la ofensa a mí, contestó Stephen.

Buck Mulligan giró sobre sus talones.

—¡Ay, eres insufrible! prorrumpió.

Echó a andar apresuradamente a lo largo del parapeto. Stephen se quedó en su puesto, mirando más allá del mar en calma el promontorio. El mar y el promontorio en este momento se ensombrecieron. Tenía palpitaciones en los ojos, nublándole la vista, y sintió la fiebre en las mejillas.

Una voz dentro de la torre llamó fuertemente:

—¿Estás ahí arriba, Mulligan?

—Ya voy, contestó Buck Mulligan.

Se volvió hacia Stephen y dijo:

—Mira el mar. ¿Qué le importan las ofensas? Planta a Loyola, Kinch, y baja ya. El sajón quiere sus lonchas mañaneras.

Su cabeza se detuvo de nuevo por un momento a la altura del remate de la escalera, a nivel del techo:

—No andes dándole vueltas a eso todo el día, dijo. Soy un inconsecuente. Déjate de mustias cavilaciones.

La cabeza desapareció pero el zureo de su voz descendente tronó por el hueco de la escalera:

—*Y no te apartes y le des vueltas*

al misterio del amor amargo,

porque Fergus guía de bronce los carros.

Sombras de espesura flotaban silenciosamente por la paz de la mañana desde el hueco de la escalera hacia el mar al que miraba. En la orilla y más adentro el espejo del agua blanquecía, hollado por pisadas livianas de pies apresurados. Blanco seno del mar ensombrecido. Golpes ligados, dos por dos. Una mano

punteando las cuerdas del arpa, combinando acordes ligados. Palabras enlazadas de blancoola fulgurando en la marea ensombrecida.

Una nube empezó a tapar el sol lentamente, completamente, sombreando la bahía en un verde más profundo. Yacía a sus pies, cuenco de aguas amargas. La canción de Fergus: la cantaba a solas en casa, manteniendo los largos acordes oscuros. La puerta de ella abierta: quería escuchar mi música. Silencioso de temor y pesar me acerqué a su cabecera. Lloraba en su cama miserable. Por aquellas palabras, Stephen: el misterio del amor amargo.

¿Dónde ahora?

Sus secretos: viejos abanicos de plumas, carnés de baile con borlas, empolvados con almizcle, un dije de cuentas de ámbar en su cajón acerrojado. Una jaula colgaba de la ventana soleada de su casa cuando era niña. Oyó cantar al viejo Royce en la pantomima *Turco el terrible* y rio con los demás cuando él cantaba:

*Yo soy el rapaz
que puede gozar
invisibilidad.*

Regocijo fantasmal, guardado: almizcleperfumado.

Y no te apartes y le des vueltas.

Guardado en el recuerdo de la naturaleza con sus juguetes de niña. Los recuerdos asedian su mente cavilante. El vaso de agua del grifo de la cocina cuando hubo recibido el sacramento. Una manzana descarozada, rellena de azúcar moreno, asándose para ella en la hornilla en un apagado atardecer otoñal. Las uñas perfectas enrojecidas con la sangre de piojos aplastados de las camisas de los niños.

En sueños, silenciosamente, se le había aparecido, el cuerpo consumido en una mortaja holgada, despidiendo olor a cera y palo de rosa, su aliento, posado sobre él con palabras mudas enigmáticas, un tenue olor a cenizas mojadas.

Sus ojos vidriosos, mirando desde la muerte, para conmovier y doblegarme el alma. Clavados en mí sólo. Vela espectro para alumbrar su agonía. Luz espectral en su cara atormentada. Ronca respiración recia en estertores de horror, mientras todos rezaban de rodillas. Sus ojos en mí para fulminarme. *Liliata rutilantium te confessorum turma circumdet: iubilantium te virginum chorus excipiat.*

¡Necrófago! ¡Devorador de cadáveres!

¡No, madre! Déjame ser y déjame vivir.

—¡Eh, Kinch!

La voz de Buck Mulligan cantaba desde dentro de la torre. Se acercaba escaleras arriba, llamando de nuevo. Stephen, aún temblando por el lamento de su alma, oyó una cálida luz de sol deslizante y en el aire a su espalda palabras amigas.

—Dedalus, baja, pánfilo. El desayuno está listo. Haines pide disculpas por despertarnos anoche. No pasa nada.

—Ya voy, dijo Stephen, volviéndose.

—Venga, por el amor de Dios, dijo Buck Mulligan. Por el amor mío y por todos los amores.

Su cabeza desapareció y reapareció.

—Le conté lo de tu símbolo del arte irlandés. Dice que es muy agudo. Sácale una libra, anda. Una guinea, mejor dicho.

—Me pagan esta mañana, dijo Stephen.

—¿La escuela de putas? dijo Buck Mulligan. ¿Cuánto? ¿Cuatro libras? Déjame una.

—Si la necesitas, dijo Stephen.

—Cuatro relucientes soberanos, exclamó Buck Mulligan a gusto. Agarraremos una gloriosa borrachera que asombre a los druidas druidas. Cuatro omnipotentes soberanos.

Alzó las manos y pateó escaleras de piedra abajo, desafinando una tonadilla con acento chulapo londinense:

—*¡Ay, lo pasaremos muy divertido,*

bebiendo güisqui, cerveza y vino!

¡El día de la coronación,

de la coronación!

¡Ay, lo pasaremos muy divertido

el día de la coronación!

Cálida luz de sol jugueteando sobre el mar. El cuenco de afeitar niquelado relucía, olvidado, en el parapeto. ¿Por qué habría de bajarlo yo? ¿O dejarlo donde está todo el día, amistad olvidada?

Se acercó hasta el cuenco, lo sostuvo en las manos durante un tiempo sintiendo su frescor, aspirando el espumajo aguanoso de la espuma donde la brocha estaba hundida. Del mismo modo llevó la naveta con incienso entonces en Clongowes. Soy otro ahora y sin embargo el mismo. Sirviente también. Servidor de un sirviente.

En la sombría estancia abovedada de la torre la silueta en batín de Buck Mulligan se movía animadamente de un lado para otro alrededor del fogón, tapando y revelando el fulgor amarillo. Dos haces de suave luz cruzaban el suelo embaldosado desde lo alto de las saeteras: y en la unión de los rayos una nube de humo de carbón y humaradas de grasa frita flotaba, girando.

—Nos vamos a asfixiar, dijo Buck Mulligan. Haines, abre la puerta, anda.

Stephen puso el cuenco de afeitar en el armario. Una figura alta se levantó de la hamaca donde había estado sentada, se dirigió a la entrada y abrió de un tirón la contrapuerta.

—¿Tienes la llave? preguntó una voz.

—Dedalus la tiene, dijo Buck Mulligan. ¡La madre que ... que me asfixio!

Berreó sin quitar la vista del fuego:

—¡Kinch!

—Está en la cerradura, dijo Stephen, avanzando.

La llave chirrió en círculo ásperamente dos veces y, cuando el portón hubo quedado entreabierto, una luz anhelada y aire brillante penetraron. Haines estaba en la entrada mirando hacia fuera. Stephen arrastró su maleta puesta de pie hasta la mesa y se sentó y esperó. Buck Mulligan echó la fritada en la fuente que había junto a él. Después llevó la fuente y una gran tetera a la mesa, las plantó pesadamente sobre la misma y suspiró con alivio.

—Me derrito, dijo, como apuntó la vela al Pero ¡chis! ¡Ni una palabra más sobre ese asunto! ¡Kinch, despierta! Pan, mantequilla, miel. Haines, ven. El rancho está listo. Bendice, Se-

ñor, estos alimentos. ¿Dónde está el azúcar? ¡Ay, pardiez, no hay leche!

Stephen fue por la hogaza y el tarro de miel y la mantequera al armario. Buck Mulligan se sentó con mal humor repentino.

—¿Qué casa de putas es ésta? dijo. Le avisé que viniera pasadas las ocho.

—Podemos tomarlo solo, dijo Stephen sediento. Hay un limón en el armario.

—¡Maldito seas tú y tus gustos parisinos! dijo Buck Mulligan. Yo lo que quiero es leche de Sandycove.

Haines vino desde la entrada y dijo tranquilamente:

—Esa mujer sube ya con la leche.

—¡La bendición de Dios sea contigo! exclamó Buck Mulligan, levantándose de golpe de la silla. Siéntate. Echa el té ahí ya. El azúcar está en la bolsa. Toma, que no voy a seguir dándole a esos malditos huevos.

Troceó la fritada en la fuente y la echó a paletadas en tres platos, diciendo:

—*In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.*

Haines se sentó para servir el té.

—Os pongo dos terrones a cada uno, dijo. Pero, digo, Mulligan, pues sí que haces tú el té fuerte ¿no?

Buck Mulligan, cortando gruesas rebanadas de la hogaza, dijo con voz de vieja marrullera:

—Cuando h'ago té, h'ago té, como decía la vieja tía Grogan. Y cuando h'ago aguas, h'ago aguas.

—Por Júpiter, esto sí que es té, dijo Haines.

Buck Mulligan siguió cortando y marrullando:

—*Eso es lo que yo h'ago, Mrs. Cabill, dice ella. Jesús, señora, dice Mrs. Cahill, no permita Dios que haga usted las dos cosas en el mismo cacharro.*

Embistió a sus compañeros de mesa por turno con una gruesa rebanada de pan, empalada en el cuchillo.

—Ése es el pueblo, dijo muy formalmente, para tu libro, Haines. Cinco líneas de texto y diez páginas de notas sobre lo popular y los diosespeces de Dundrum. Impreso por las hermanas brujas en el año del gran vendaval.

Se volvió hacia Stephen y le preguntó con exquisita voz insidiosa, arqueando las cejas:

—¿Recuerdas, hermano, si se habla del cacharro para el té y las aguas de la tía Grogan en el Mabinogion o es en los Upanishads?

—Lo dudo, dijo Stephen gravemente.

—¿De verdad? dijo Buck Mulligan con el mismo tono. ¿Podrías dar razones, si te place?

—Me imagino, dijo Stephen al tiempo que comía, que no existió ni dentro ni fuera del Mabinogion. La tía Grogan era, se supone, parienta de Mary Ann.

La cara de Buck Mulligan sonrió a gusto.

—¡Delicioso! dijo con dulce voz remilgada, mostrando los dientes blancos y parpadeando placenteramente. ¿Crees que sí? ¡Qué delicioso!

Luego, ensombreciéndosele repentinamente la cara, gruñó con enronquecida voz carrasposa mientras seguía cortando vigorosamente la hogaza:

—*Porque a la vieja Mary Ann*

todo le importa un carajo.

Pero, en levantándose el refajo

Se atiborró la boca de fritada y masticó y zureó.

La puerta se oscureció con una silueta que entraba.

—¡La leche, señor!

—Adelante, señora, dijo Mulligan. Kinch, trae la jarra.

Una vieja avanzó y se puso junto a Stephen.

—Hace una mañana muy buena, señor, dijo ella. Alabemos al Señor.

—¿A quién? dijo Mulligan, mirándola. ¡Ah, sí, desde luego!

Stephen se echó para atrás y cogió la jarra de la leche del armario.

—Los isleños, dijo Mulligan a Haines despreocupadamente, hablan frecuentemente del recaudador de prepucios.

—¿Cuánta, señor? preguntó la vieja.

—Un cuarto de galón, dijo Stephen.

Se fijó en cómo vertía en la medida y de ahí en la jarra la cremosa leche blanca, no de ella. Viejas tetas secas. Vertió de nuevo hasta

arriba una medida y la chorrada. Vieja y arcana había entrado desde un mundo matutino, tal vez mensajera. Alababa la sustancia de la leche, mientras la echaba. Agazapada junto a una paciente vaca al despuntar el día en el campo exuberante, como bruja en su seta quitasol, dedos rugosos ágiles en las ubres chorreantes. Mugía a su alrededor a la que conocía, el ganado rocíosedoso. Seda del hato y pobre vieja, nombres que le dieron en tiempos de antaño. Arpía errante, vil criatura inmortal que sirve al conquistador y al seductor desleal, la consentida de ambos, mensajera de la mañana arcana. Para servir o para reprender, no sabría decir: pero desdeñaba pedirle sus favores.

—Sí, sin lugar a dudas, señora, dijo Buck Mulligan, echando la leche en las tazas.

—Pruébela, señor, dijo ella.

Bebió siguiendo su ruego.

—Si pudiéramos vivir de alimentos sanos como éste, le dijo en tono algo fuerte, no tendríamos el país lleno de dientes podridos y de tripas podridas. Vivimos en una ciénaga, comemos bazofia y las calles soladas con polvo, moñigos y escupitajos de tísico.

—¿Es usted estudiante de medicina, señor? preguntó la vieja.

—Lo soy, señora, contestó Buck Mulligan.

—Ande, fíjese, dijo.

Stephen escuchaba en silencio desdeñoso. Inclina la vieja cabeza ante la voz que le habla fuertemente, ante su ensalmador, su curandero: a mí me desprecia. Ante la voz que confesará y ungrá para la sepultura a todo lo que de ella quede salvo sus lomos impuros de mujer, de la carne del hombre no hecha a semejanza de Dios, la presa de la serpiente. Y ante la voz fuerte que ahora la manda callar con mirada inquieta perpleja.

—¿Entiende lo que le dice? le preguntó Stephen.

—¿Está usted hablando francés, señor? le dijo la vieja a Haines.

Haines volvió a dirigirse a ella con una perorata aún más larga, confiadamente.

—Irlandés, dijo Buck Mulligan. ¿Comprende algo el gaélico?

—Pensé que era irlandés, dijo ella, por cómo sonaba. ¿Es usted del oeste, señor?

—Yo soy inglés, contestó Haines.

—Es inglés, dijo Buck Mulligan, y piensa que deberíamos hablar irlandés en Irlanda.

—Claro que sí, dijo la vieja, y me avergüenzo de no hablar yo la lengua. Dicen que es una hermosa lengua los que saben.

—Hermosa no es el término adecuado, dijo Buck Mulligan. Completamente maravillosa. Échanos más té, Kinch. ¿Le apetece una taza, señora?

—No, gracias, señor, dijo la vieja, deslizado el asa de la cántara por el antebrazo a punto de marcharse.

Haines le dijo:

—¿Tiene la cuenta? Deberíamos pagarle, Mulligan ¿no te parece? Stephen llenó de nuevo las tres tazas.

—¿La cuenta, señor? dijo, deteniéndose. Bueno, son siete mañanas una pinta a dos peniques hacen dos sietes lo que hace un chelín y dos peniques por un lado y estas tres mañanas un cuarto a cuatro peniques hacen tres cuartos lo que hace un chelín. Eso hace un chelín y uno con dos eso es dos con dos, señor.

Buck Mulligan suspiró y, habiéndose llenado la boca con un trozo de pan abundantemente untado de mantequilla por los dos lados, estiró las piernas y empezó a hurgarse en los bolsillos del pantalón.

—Paga y alegra esa cara, le dijo Haines, sonriendo.

Stephen llenó por tercera vez, una cucharada de té coloreando tenuemente la espesa leche cremosa. Buck Mulligan sacó un florín, le dio vueltas entre los dedos y exclamó:

—¡Milagro!

Lo pasó por encima de la mesa hacia la vieja, diciendo:

—*No pidas más de mí, colibrí.*

Todo lo que tengo te di.

Stephen puso la moneda en la mano indiferente de ella.

—Le quedamos a deber dos peniques, dijo.

—Hay tiempo de sobra, señor, dijo, cogiendo la moneda. Hay tiempo de sobra. Buenos días, señor.

Saludó con una reverencia y salió, seguida por la salmodia cariñosa de Buck Mulligan:

—*Vida de mi vida, si más hubiera,
más a tus pies uno pusiera.*

Se volvió a Stephen y dijo:

—En serio, Dedalus. Estoy tieso. Aligera y vete a tu escuela de putas y trae algún dinero. Hoy los bardos han de beber y solazarse. Irlanda espera que todo hombre en este día cumpla con su deber.

—Eso me recuerda, dijo Haines, levantándose, que tengo que ir a vuestra biblioteca nacional hoy.

—A nadar primero, dijo Buck Mulligan.

Se volvió a Stephen y preguntó melosamente:

—¿Te toca hoy el baño mensual, Kinch?

Luego dijo a Haines:

—El sucio bardo se emperna en bañarse una vez al mes.

—Irlanda entera está bañada por la corriente del golfo, dijo Stephen mientras dejaba chorrear un hilo de miel sobre la rebanada de la hogaza.

Haines desde el rincón donde se anudaba despaciosamente un pañuelo alrededor del cuello suelto de su camisa de tenis habló:

—Me propongo recopilar tus dichos, si me dejas.

Hablándome. Se bañan y se remojan y se refriegan. Mordedura de la conciencia. Conciencia. Si bien aquí queda una mancha.

—Ese del espejo rajado de una sirvienta como símbolo del arte irlandés es endiabladamente bueno.

Buck Mulligan le dio con el pie a Stephen por debajo de la mesa y dijo en tono entusiasta:

—Espera a oírle hablar de Hamlet, Haines.

—Sí, es a lo que voy, dijo Haines, hablándole aún a Stephen. Estaba precisamente pensando en ello cuando esa pobre vieja entró.

—¿Sacaría algún dinero con eso? preguntó Stephen.

Haines se rió y, mientras cogía el sombrero suave y gris del enganche de la hamaca, dijo:

—No lo sé, la verdad.

Dio unos pasos para fuera hasta la salida. Buck Mulligan se inclinó hacia Stephen y dijo con rudeza vivaz:

—Acabas de meter la pezuña. ¿Por qué has tenido que decir eso?

—¿Y bien? dijo Stephen. La cuestión es conseguir dinero. ¿De quién? De la lechera o de él. Es un cara o cruz, creo.

—He hecho que se sienta ufano de ti, dijo Buck Mulligan, y ahora me sales con tus miradas de idiota y tus sombríos sarcasmos de jesuita.

—Espero poco, dijo Stephen, de ella o de él.

Buck Mulligan suspiró trágicamente y puso la mano en el brazo de Stephen.

—Espera de mí, Kinch, dijo.

Con un tono repentinamente alterado añadió:

—Para decir la pura verdad, creo que tienes razón. Para lo que valen, que se vayan al diablo. ¿Por qué no los tratas como yo lo hago? Que se vayan todos ellos al infierno. Vayámonos de esta casa de putas.

Se levantó, se soltó gravemente el cinturón y se desprendió del batín, diciendo resignadamente:

—Mulligan es despojado de sus vestiduras.

Vació los bolsillos sobre la mesa.

—Ahí tienes el mocadero, dijo.

Y poniéndose el cuello duro y la corbata rebelde les habló, regañándolos, y a la cadena colgante de su reloj. Sus manos se hundieron y rebuscaron en el baúl mientras pedía un pañuelo limpio. Dios, simplemente tendremos que representar el papel. Quiero unos guantes buriel y unas botas verdes. Contradicción. ¿Me contradigo? Muy bien, pues, me contradigo. Malachi mercurial. Un proyectil negro y lacio salió disparado de las manos que hablaban.

—Y ahí tienes tu sombrero de Barrio Latino, dijo.

Stephen lo recogió y se lo puso. Haines los llamó desde la entrada:

—¿Venís, compañeros?

—Estoy preparado, contestó Buck Mulligan yendo hacia la puerta. Sal, Kinch. Te habrás comido todo lo que dejamos, supongo.

Resignado, salió afuera con graves palabras y porte, diciendo casi con pesadumbre:

—Y salió cabizbundo y meditabajo.

Stephen, cogiendo la vara de fresno del apoyadero, les siguió hasta fuera y, mientras ellos bajaban por la escalerilla, tiró del pesado portón de hierro y lo cerró con la llave. Se guardó la enorme llave en el bolsillo interior.

Al pie de la escalerilla preguntó Buck Mulligan:

—¿Traes la llave?

—La tengo, dijo Stephen, adelantándolos.

Siguió andando. Tras él oyó a Buck Mulligan que golpeaba con la gruesa toalla de baño los altos tallos de los helechos o las hierbas.

—¡Abajo, señor! ¡Cómo se atreve, señor!

Haines preguntó:

—¿Pagáis alquiler por la torre?

—Doce libras, dijo Buck Mulligan.

—Al ministro de la guerra, añadió Stephen por encima del hombro.

Se detuvieron mientras Haines examinaba la torre y decía al fin:

—Más bien inhóspito en invierno, diría yo. ¿Martello la llamáis?

—Billy Pitt las mandó construir, dijo Buck Mulligan, cuando los franceses surcaban los mares. Pero la nuestra es el *omphalos*.

—¿Qué piensas de Hamlet? preguntó Haines a Stephen.

—No, no, gritó Buck Mulligan con dolor. No estoy ahora para Tomás de Aquino y las cincuentaicinco razones que ha recopilado para apoyarlo. Espera a que me haya metido unas cuantas cervezas primero.

Se volvió a Stephen, diciendo, mientras se estiraba meticulosamente las puntas de su chaleco lila:

—No podrías explicarlo con menos de tres cervezas ¿verdad, Kinch?

—Ha esperado tanto, dijo Stephen lánguidamente, que puede esperar más.

—Me pica la curiosidad, dijo Haines amigablemente. ¿Es alguna paradoja?

—¡Bah! dijo Buck Mulligan. Hemos superado a Wilde y las paradojas. Es bastante sencillo. Demuestra por álgebra que el nieto de Hamlet es el abuelo de Shakespeare y que él mismo es el espectro de su propio padre.

—¿Qué? dijo Haines, empezando a señalar a Stephen. ¿Él mismo?

Buck Mulligan se colgó la toalla del cuello a modo de estola y, doblándose de risa, le dijo a Stephen al oído:

—¡Oh, sombra de Kinch el viejo! ¡Jafet en busca de un padre!

—Uno está siempre cansado por la mañana, dijo Stephen a Haines. Y es más bien largo de contar.

Buck Mulligan, avanzando de nuevo, alzó las manos.

—La sagrada cerveza sólo puede soltarle la lengua a Dedalus, dijo.

—Lo que quiero decir, explicó Haines a Stephen mientras seguían, es que esta torre y estos acantilados me recuerdan de alguna manera a Elsinore. *Que se adentra en el mar sobre su base ¿no te parece?*

Buck Mulligan se volvió repentinamente por un instante hacia Stephen pero no habló. En ese instante silente e iluminador Stephen se vio a sí mismo con su barata y mugrienta indumentaria de luto entre los alegres atuendos de ellos.

—Es una historia maravillosa, dijo Haines, deteniéndolos de nuevo.

Ojos, pálidos como el mar que el viento hubiera refrescado, más pálidos, seguros y prudentes. Soberano de los mares, extendió la vista al sur por la bahía, vacía salvo por el penacho de humo del barco correo difuso en el horizonte brillante y por una vela cambiante cerca de los Muglins.

—Leí una interpretación teológica de la misma en algún sitio, dijo absorto. La idea del Padre y del Hijo. El Hijo intentando reconciliarse con el Padre.

Buck Mulligan en seguida puso una cara despreocupada de amplia sonrisa. Los miró, la boca bien perfilada abierta felizmente, los ojos, de los que había borrado repentinamente todo rastro de sagacidad, parpadeando locos de contento. Movi6 una cabeza de muñeco adelante y atrás, agitándosele el ala del panamá, y empezó a salmodiar con tranquila voz feliz y necia:

—*Jamás habréis visto un joven tan raro,
mi madre judía, padre un pajarraco.*